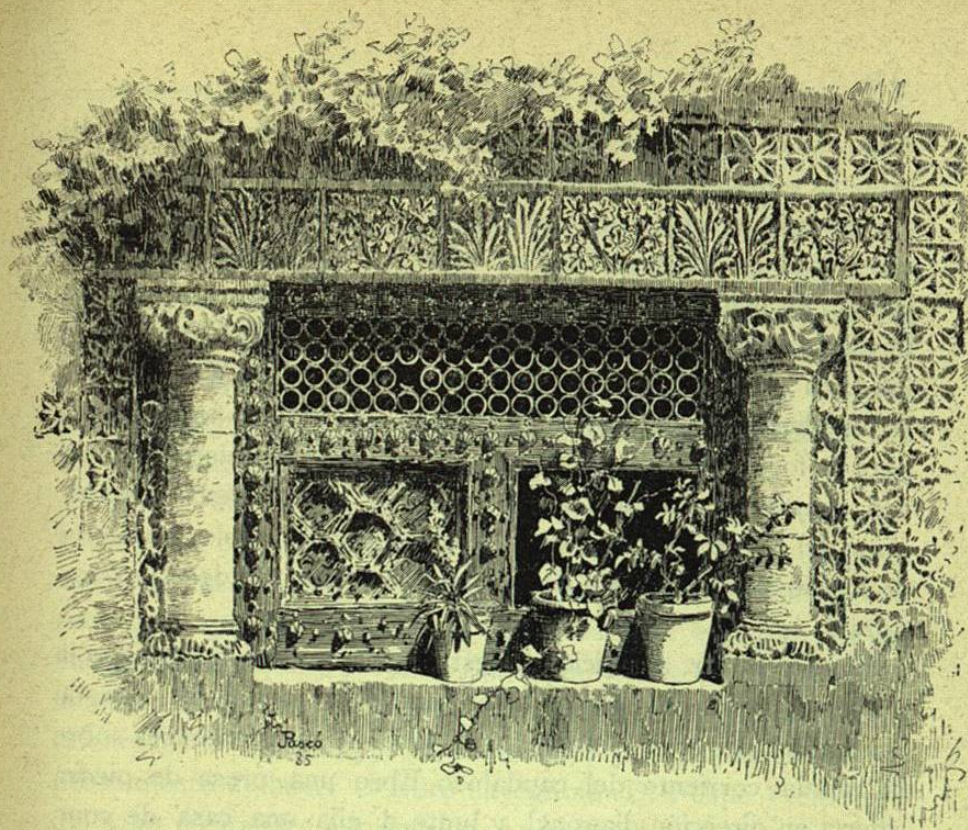


neros y muchísimos muertos, no fué imputable á Tudela: sus habitantes fueron pasivos y tristes espectadores de la derrota, porque el humo de la pólvora ni siquiera penetró en sus muros.

Los vencidos en ella, por el habitual desacuerdo que reinó entre los generales españoles, fueron los aragoneses de O'Neil, los valencianos y murcianos de D. Pedro Roca y los andaluces de la división de Peña. ¿Podía Tudela racionalmente cerrar sus puertas y negarse á recibir, después de tan funesta derrota, al enemigo vencedor? Los franceses quedaron dueños de ella en medio del pavoroso silencio de sus habitantes, que les dejaron las calles y plazas desiertas.—Las tropas de Napoleón no abandonaron definitivamente á Tudela hasta el 28 de Junio de 1813, y desde entonces su historia no ha vuelto á ofrecer peripecias notables. Durante la guerra civil de los siete años fué fortificada la población, y también su puente, y una guarnición compuesta de parte del ejército y de la milicia nacional de la localidad sostuvo por Isabel II este punto militar tan importante, que fué de grande auxilio en determinadas circunstancias á las tropas que operaban en Navarra.



CAPÍTULO XXXII

El Bocal, Fontellas, Ribafloesa, Fustiñana, Buñuel, Cories, Ablitas, Cascante:
Fitero y su ex-monasterio, Cintruénigo y Corella

UNA alegre campiña matizada de olivares de existencia secular, es el suelo que recorre el ferrocarril desde la salida de Tudela hasta cerca de Fontellas, en cuyo término poseen dilatados terrenos los marqueses de este título. El Ebro, que se alejó de nosotros para trazar una gran curva hacia el Este, vuelve á salirnos al encuentro á menos de cien metros de distancia en el sitio llamado *el Bocal*, donde se verifica el naci-

miento y la toma de aguas del *canal imperial* de Aragón.—El primero y único objeto de esta grande obra fué en su principio abrir una acequia de riego, de mayor ó menor extensión, que con sus aguas asegurase las cosechas, que frecuentemente peligraban en estos parajes por la escasez é inseguridad de las lluvias. Con este propósito, proyectó el emperador Carlos V por los años 1528 sacar del río Ebro á una legua de Tudela, y en la jurisdicción de la villa de Fontellas, las aguas necesarias, y para la formación de su proyecto se valió de ingenieros flamencos, comisionando para la ejecución á mosén Pedro Zapata, prior del Santo Sepulcro de Calatayud, encargándole que acerca de los medios se pusiese de acuerdo con los jurados de Zaragoza.

El emperador, á petición de esta ciudad, tomó á su cargo la empresa, contribuyendo por su parte la capital de Aragón con cantidades considerables (1). Construyóse entonces sobre la rápida corriente del caudaloso Ebro una presa de piedra sillería en dirección diagonal, y junto á ella una casa de compuertas, sobre cuatro anchas bocas por las cuales recibiese el agua la acequia, cuyo principio en la extensión de cien varas era también de sillería, con quince varas de latitud y cinco y media de profundidad, continuando luego el cauce regular de doce varas de ancho y dos de profundo. Este departamento tomó desde entonces el nombre de *Bocal del rey*, y además de la casa de compuertas ó palacio que fabricó para habitación de un gobernador, y en cuyo frontispicio se conserva todavía su escudo real, hizo construir otro bastante capaz para los dependientes, y algunos almacenes para conservación de maderas y otros efectos. Dió al gobernador puesto por él al frente de tan importantes obras, jurisdicción civil y criminal en lo tocante á la acequia y sus dependencias, y le condecoró con los honores de

(1) En los libros que llevan el título de *Registro de los actos comunes de la ciudad de Zaragoza*, constan todos estos curiosos pormenores.

Consejero de su Majestad. No tardaron en lograr el beneficio de los cortes que se practicaron y de las almenaras que se construyeron para los desagües en tiempo de lluvias, las villas de Ribaforada, Fustiñana, Buñuel, Cortes y señorío de Mora en el reino de Navarra, y en el de Aragón desde Mallén abajo varias poblaciones, viendo los habitantes de la ribera del Jalón con verdadero asombro que por debajo de la madre de este río pasaba el agua de la nueva acequia, destinada á fertilizar los llanos de Zaragoza y aun los de la villa de Fuentes.

Pasado el Jalón, regaba la acequia imperial el término de Peramán, y luego volvía al de Alagón, donde se cortó una colina de treinta y ocho pies de altura, por no permitir su terreno pedregoso que se minase, y de aquí proseguía el agua por los llanos de Pinseque y parte de Garrapinillos; y en tal estado se mantuvo la acequia por más de doscientos años. En las Cortes celebradas en Aragón por los años 1677 y 1678, se anunció el pensamiento de hacer el Ebro navegable: D. Felipe V en 1738 dió calor á esta idea adormecida, y comisionó á los ingenieros de sus reales ejércitos D. Bernardo Lana y D. Sebastián Ridolfi para que reconociesen la madre y curso del río y expusiesen lo que juzgaran oportuno para realizar aquel intento. Hecho el reconocimiento, se propuso al rey la obra como posible, y desde entonces el proyecto de unir en la acequia imperial los dos objetos del riego y de la navegación, empezó á considerarse como necesario y de ejecución imprescindible. Pero las obras no por esto adelantaron, y estaba reservado el llevar á cabo tan digna empresa á los reinados de Carlos III y Carlos IV. Mas no sin graves contratiempos. Al entrar en España Carlos III, habiéndose detenido en Zaragoza, uno de sus ministros pasó de su orden á reconocer la grande obra del canal imperial acompañado del conde de Aranda, y enterado el rey de su importancia para la corona y para el bien de sus súbditos, admitió una proposición del comisario de guerra D. Agustín Badin, francés, de su hijo D. Luís Miguel Badin, y de otros con ellos asociados, quie-

nes con el dictamen de los ingenieros, franceses también, Bellecare y Bieux, se obligaban á realizar en el plazo de ocho años, con algunas pequeñas variaciones, las obras del proyecto formado por Lana y Ridolfi, cediéndoles su Majestad, entre otras gracias, el producto de la antigua y nueva acequia por espacio de cuarenta años. Esta compañía buscaba en las proyectadas obras su negocio, y el rey tuvo la desgracia de dejarse embaucar, coadyuvando con el oropel de su charlatanismo un ingeniero holandés llamado Cornelio Juan Krayenhoff, el cual persuadió á Carlos III de la conveniencia de construir otra presa y otra casa de compuertas á media legua de Tudela por la parte superior, donde desde luego se edificó un magnífico palacio con nuevas oficinas para los utensilios. Pero se advirtió á poco tiempo que los resultados no correspondían á las esperanzas del gobierno, ni á la confianza, privilegios y facultades dispensados á la compañía. Dos años habían transcurrido apenas, y ya se habían gastado infructuosamente más de tres millones y medio de reales. Informado el rey del desorden y mal manejo de los Badin y sus asociados, les quitó el gobierno de la empresa, estableciendo en Madrid una junta que manejase los caudales de los empréstitos contratados, cuyos réditos garantizaba la Corona, y que le informase del verdadero estado de las obras las cuales desde el año 1772 se pusieron á cargo del respetable D. Ramón Pignatelli, canónigo de Zaragoza, quien por su nacimiento, representación, ilustración universal, laboriosidad y elevación de ideas, reunía en sí todas las cualidades necesarias para dirigir como protector una obra de esta naturaleza.

Lo primero que hizo Pignatelli fué pedir que comisionase el rey algunos ingenieros españoles del ejército que examinaran el proyecto de Krayenhoff: fué nombrado al efecto D. Julián Sánchez Boort, y se permitió que para satisfacción de los capitalistas holandeses que habían suministrado fondos, viniese á España á reconocerlo don Gil Pin, profesor é ingeniero del canal del Languedoc. Ambos facultativos convinieron en que eran fundados los

reparos opuestos al proyecto de Krayenhoff por el sagaz Pignatelli: en que el holandés había engañado á todos, y en que era indispensable, para fertilizar el terreno que comprendía dicho proyecto y para tener á la vez un canal navegable, aumentar considerablemente el caudal de agua que se tomase del Ebro. Reconocieron que el subir á buscar la embocadura más arriba de Tudela, sobre ser muy expuesto, era inútil, porque en las inmediaciones del Bocal antiguo de Carlos V se hallaba la suficiente altura para pasar las aguas sobre el Jalón, desde donde solamente habían de empezar á experimentarse las nuevas y verdaderas utilidades; que debía desde luego abandonarse la presa que se estaba construyendo por la compañía, y hacerse otra á poca distancia del sitio donde está aquel Bocal antiguo, por ser el terreno más seguro, y porque de las mediciones geométricas resultaba que con sólo dar á la presa nueva dos pies y medio más de altura que á la antigua, quedaba toda la dificultad vencida y se podía extender el riego á mayor distancia aún que la que se había proyectado; y por último que el gasto para la ejecución de este nuevo plan, aun abandonando todo lo que se había construído en la parte superior á Tudela, importaría 900,000 pesos menos que el del erróneo proyecto de Krayenhoff, y se ganarían dos ó tres años de tiempo para la ejecución de las obras. Persuadido el rey de la mala fe de la compañía, la declaró disuelta en 1778, confirmando y ampliando las facultades que ya tenía dadas á Pignatelli: y éste, con los trabajos de los ingenieros del ejército á la vista, resolvió construir la nueva presa en el territorio de Fontellas, 630 toesas más arriba de la antigua denominada de Carlos V.

Murió Carlos III, y su sucesor consagró la misma preferente atención á las obras del canal imperial; pero murió también Pignatelli en 1793 de resultas de un terrible desengaño. Aquel hombre que con su constancia había logrado sujetar el caudaloso Ebro con una presa que tanto honra su memoria; que á pesar de los obstáculos de todo género que se le oponían ha-

bía conseguido llevar el canal imperial hasta Torrero por medio de obras colosales, había cometido el inconcebible descuido de no hacer reconocer la estructura geológica de aquella serie de pequeñas colinas que había de atravesar necesariamente el cauce del canal, y la firmeza que el suelo le presentaba en la prosecución de los trabajos hasta la almenara de San Antonio, le indujo á creer que todo el terreno sería igualmente sólido; y sin más examen, emprendió las soberbias obras que se encuentran desde dicha almenara hasta más abajo de la *casa de las parad*; pero no bien dispuso dejar correr las aguas, cuando el terreno, compuesto todo él de tierra yesosa y de otras sustancias heterogéneas y tan solubles como aquella, principió á ceder al peso de las aguas y de las mismas construcciones sobrepuestas, rasgándose en profundas simas y cavernas, arrastrando lo fabricado en unos puntos, y abriendo en otros grietas enormes capaces de producir la ruina de las obras más sólidas y perfectas. Este lamentable resultado, que le revelaba de repente toda la gravedad de su error, produjo en Pignatelli una profunda pasión de ánimo que alteró su salud y le llevó al sepulcro. —Sustituyóle el conde de Sástago, que creyó triunfar de los obstáculos que la naturaleza del terreno oponía al pensamiento de su predecesor, revistiendo el cauce de un terraplén de arcilla y buro bituminoso. No tuvo el conde el disgusto de hallarse al frente de la empresa cuando llegó el momento de poner á prueba su sistema, porque murió á poco de terminarse el revestimiento de un largo trozo, que costó sumas enormes; el golpe estaba reservado para su sucesor La Ripa, el cual, víctima también del charlatanismo de otro ingeniero, que se obstinó en echar las aguas por el terreno flojo y malo para que de una vez presentase éste todas sus simas y excavaciones, al disponer que se diese paso á las aguas, observó con dolor que el trozo de cauce revestido por el conde, no pudiendo resistir el enorme peso de las 10,000 arrobas de agua que por cada pie cúbico llevaba el canal, se deshizo y desapareció entre profundas simas

que por todas partes se abrieron, no sólo en la solera y costados del cauce, sino en todo el declive de aquel suelo hasta el Ebro, á donde fueron á salir las aguas por mil bocas diferentes. Quedó el terreno de resultas de esta temeraria prueba más debilitado de lo que antes estaba, y desde este momento comenzó una temeraria y censurable lucha entre el atolondrado é ignorante ingeniero y la naturaleza: todo era cerrar las minas y repetir las pruebas del agua, y siempre el resultado era abrirse nuevas y profundas simas, nuevas y más profundas cavernas, y sepultar allí nuevos caudales sin provecho. Tarde conoció La Ripa el error de haberse dejado conducir por su ingeniero favorito: la opinión pública se levantó contra él, temió las consecuencias de una residencia, y esta pesadilla, que le atormentaba sin cesar, le quitó la vida. Dos protectores del canal habían sucumbido vencidos en lucha imprudente con una naturaleza mal estudiada.

Con la invasión francesa todo quedó paralizado: apoderados nuestros enemigos de la capital de Aragón, desatendieron todas las obras que de una manera eficaz no contribuían á mantener expedita su comunicación y transportes hasta el Bocal, y en su retirada á Navarra en 1813, destruyeron cuanto en el camino encontraron. Vuelto el canal á su anterior administración, los protectores que se sucedieron no se dedicaron más que á reparar destrozos, hasta que en 1826 se confirió tan honorífico cargo al marqués de Lazán. Éste, aunque las experiencias hechas claramente demostraban ser imposible llevar adelante la obra para riego y navegación juntos con las dimensiones trazadas en un principio, aguijoneado por el estímulo de la gloria, dispuso reconocer prolijamente los montes inmediatos con la intención de encontrar en ellos elementos para que el revestimiento resultase menos costoso; y habiendo descubierto en efecto minas y vetas abundantes de arcilla de superior calidad, y casi tocando con el cauce, desde el año 27 al 33 habilitó dos grandes trozos, terraplenándolos en regla, formando una capa de 9 pies y 4 pulga-

das, toda de pura arcilla, así en la solera como en los costados de la caja, disminuyendo su grueso á medida que subían los escarpes. Esta obra, aunque fácil, fué larga y dispendiosa, y quedó sin concluir.—Empeñada la guerra civil en 1834, se suspendieron los trabajos que con tanto tesón había emprendido el marqués de Lazán. En 1835 se suprimió el protectorado, y los directores facultativos nombrados por el gobierno limitaron sus cuidados á la conservación de las obras hechas, conociendo sin duda lo inútiles que habían de ser sus esfuerzos para continuar el proyecto de Pignatelli en un terreno tan vicioso, y sin fondos la Dirección general del ramo para llevar á cabo cualquier otro pensamiento (1).

Así y todo, la apertura del canal imperial de Aragón ha influido visiblemente en la prosperidad del país. Por medio del riego se han abierto muchos terrenos que de otra manera hubieran permanecido incultos, y se han hecho feracísimas muchas tierras que nada producían, ó producían muy poco; el plantío de árboles se fomentó de un modo tan sorprendente, que llegó á constituir uno de los principales rendimientos de la empresa. Solo hacia el año 1844 se plantaron en las tierras que fertiliza este canal cerca de 60,000 árboles, entre olmos, chopos, acacias, fresnos, nogales y álamos blancos, y además se hicieron semilleros de olmos, acacias, nogales, pinos, castaños, cipreses y almendros, que por un cálculo aproximado habían de producir más de un millón de pies; y se habilitaron con la limpia más de medio millón de árboles ya formados en la faja derecha del canal desde el Bocal á Ribaforada. Al riego se deben los deliciosos plantíos del Bocal, de la Casa Blanca y de Torrero en la ciudad de Zaragoza, y los hermosos paseos que rodean esta gran población. Con el riego ha recibido incremento la cría del

(1) Hemos tomado estas noticias del *Diccionario de Madoz*, art. CANAL IMPERIAL DE ARAGÓN, y de una erudita memoria que el ingeniero director de aquel, D. Manuel de los Villares Amor, elevó á la Dirección general del ramo en 7 de junio de 1844.

ganado lanar, vacuno, mular y caballar en todos los pueblos situados á sus márgenes, y la población de estos ha cuadruplicado en menos de 73 años. Al riego, por último, se deben muchos molinos harineros, de aceite, batanes y otras máquinas de la mayor utilidad; al mismo tiempo que los muchos saltos de agua que en el canal se encuentran con motivo de las almenaras de desagüe, de riego, y boqueras de escorredores, están convidando al establecimiento de fábricas de todo género en que aquel elemento pueda emplearse como motor.—Ni ha sido improductivo este canal como medio de navegación, aun sin estar terminado, porque es incalculable la economía de tiempo y de caudales que ha proporcionado á los traficantes de materiales para las obras, efectos de todo género y frutos, y la comodidad y baratura con que se recorren en sus barcos las 16 leguas que median entre el Bocal y Zaragoza.

Fontellas.—Fué ganada de los moros por D. Alonso *el Batallador*, arrebatada á la corona de Navarra por el conde D. Ramón de Barcelona, y recuperada en 1156 por D. Sancho *el Sabio* con hombres de Tudela (1). Su inmediación al *Bocal real* hace á esta villa que se engalane su contorno con una bonita iglesia consagrada á *San Carlos Borromeo*, en memoria sin duda del rey D. Carlos III, gran protector de la obra del canal de Aragón. No estuvo sin embargo en lo antiguo desamparada de santuarios, porque ya en tiempo del *Batallador* existía en ella la iglesia parroquial del *Rosario*, cedida con otras á Santa María de Tudela en 1121 (2); y en tiempo de D. Sancho *el Sabio* daba también Fontellas en sus inmediaciones público culto al glorioso mártir *San Lorenzo*, cuya románica iglesia duró hasta el siglo xv. Los marqueses de Fontellas, descendientes de los antiguos señores de este mismo título, adquirieron el pingüe heredamiento que poseen en su término,

(1) Arch. de la Catedral de Tudela, Leg. 3. n.º 31.

(2) En el mismo Arch. Caj. I, letra D, n.º 1.

de mosén Martín de Peralta, merino de Tudela, que lo adquirió á título oneroso en tiempo del rey D. Juan II. Señálase su término por los muchos y pequeños ríos, arroyos, fuentes y lagunas que lo fertilizan.

RIBAFORADA.—Dejó en su testamento D. Alonso *el Batallador* por herederos y sucesores suyos á los caballeros del Santo Sepulcro, hospitalarios de S. Juan de Jerusalén y templarios; y fundaron esta villa, hoy de pobre aspecto, los caballeros Templarios por los años 1157 para establecer su convento y gozar de varios privilegios que les había concedido el rey Don Sancho *el Sabio*. Acudieron á poblarla vecinos de Albariel y Espedolla, y muchos moros. Estos contribuyeron grandemente al cultivo de sus tierras, y fué tal su trabajo é industria, que convirtieron los montes, que les fueron arrendados en 1250, en feracísimas granjas, abundantes en todo género de frutos y hortalizas. El rey D. Teobaldo II dió la propiedad de estos montes á los Templarios. Sólo seis de estos residían en Ribaforada: el comendador, cuatro religiosos y un lego (1).—Extinguida en Navarra la Orden del Templo en 1312 por Luís *Hutino*, pasó la villa, con todo cuanto en ella tenían aquellos religiosos, á los caballeros hospitalarios de San Juan, que hicieron también de Ribaforada una de sus encomiendas.—La iglesia parroquial, de la advocación de *San Blas*, es de grande antigüedad, pues consta que el cabildo de Tudela, que sostenía respecto de ella cuestiones con el de Tarazona, la cedió en parte á los Templarios en el siglo XII, estipulando con ellos ciertas condiciones.—Una máquina de vapor eleva el agua del canal hasta su caserío para los riegos que hacen sus pocos vecinos.

FUSTIÑANA.—Esta villa fué también de la orden de San Juan de Jerusalén, á quien la cedió el rey don García Ramírez

(1) Los comendadores de Ribaforada no fueron tampoco más que seis: Fr. Pedro Cognato en 1193; Fr. Pedro de Varillas en 1213; Fr. Pedro de Riesa en 1240; Fr. Albert en 1250; Fr. Beltrán de Cornubilla en 1268; y Fr. Pascual de Alfaro en 1291. V. *Diccionario histórico geográfico de la Academia*, art. RIBAFORADA.

en 1142. Su iglesia, consagrada á los *Santos Justo y Pastor*, de la propia orden de religiosos hospitalarios, tenía un vicario, que presentaba el prior y confirmaba el obispo. Este visitaba la iglesia y señalaba la dotación que había de tener; y el modo de hacer la recaudación del diezmo de pan, vino, corderos, legumbres, hilazas, etc., está especificado en un curioso documento (1). Nombraba el obispo un recaudador (*cullidor*) y el prior de Navarra otro, y cada uno tenía su llave; iban al granero donde estaba depositado el diezmo del trigo y de la cebada, después de haber jurado en manos del obispo cumplir lealmente su cometido: presenciaban la distribución que hacían los llamados *cuarteadores*, y hecha esta, sacando antes de cada montón lo que les correspondía por su trabajo, y la parte de trigo y de cebada que correspondía también al arciano y al arcipreste, adjudicaban del remanente una cuarta parte al obispo, y las tres cuartas restantes al prior (2). Este pueblo ha recibido grande incremento de riqueza agrícola desde la apertura de la acequia de Tauste, que le cae al mediodía tocando con su caserío, y del canal de Aragón que cruza su término, además de bañarle el Ebro.

BUNUEL.—Riega también sus campos, que forman una espaciosa y alegre llanura, con aguas del canal imperial y de la acequia de Tauste, además de pasar el Ebro por sus inmediaciones de norte y Este. En 1213 pertenecía con su castillo á una D.^a Oria y sus hijos Íñigo y Jimeno Oriz, quienes la dieron en empeño al rey D. Sancho *el Fuerte* con todos sus derechos por 9,000 morabetinos alfonsés de buen oro. En 1220 D. Jimeno Oriz la vendió con todos sus montes y pertenencias al expresado rey por aquella suma, que á la cuenta no había podido restituirle su familia. En 1280 D. Martín Yéneguiz de Oriz, señor de

(1) En el libro llamado del *Chantre* de la iglesia de Tarazona, escrito en el siglo XIV, que cita Yanguas en su *Diccionario de Antigüedades*, art.^o ARACIEL y FUSTIÑANA.

(2) YANGUAS: loc. cit.: art. FUSTIÑANA.